

## ACERCA DE BORGES

VÍCTOR ALEGRÍA

“Larga repercusión tienen las palabras”  
Borges.

Borges, como muchos de los grandes escritores, encarna la paradoja de que mientras más se habla de él, menos se le conoce. Estas notas no tienen más pretensión que aproximarse a su obra y a su pensamiento, y contribuir en cierto modo, a despejar las razones de por qué despertó y despierta aún, controversia. Tengo claro eso sí, que otros han intentado esta misma empresa, pero con más propiedad y profundidad.

Poeta intelectual como Valéry, como Goethe. Prosista de excepción, como su admirado Alfonso Reyes, su vida fue pasión por la literatura. A él se pueden aplicar sus propias palabras sobre Quevedo: “... Francisco de Quevedo es menos un hombre que una dilatada y compleja literatura”.

Borges, quien consideraba a la metafísica como una rama de la literatura fantástica, se nos hace difícil, laberíntico. El mundo literario que creó está dentro del juego estético del lenguaje, cuyos conceptos provienen en su mayoría de la teología y de la metafísica que recuerda a Berkeley. No fue el escritor comprometido con las causas del momento histórico como lo fueron Sastre o Camus, citando a dos gran-

des, en un océano de escritores comprometidos. El autor de *Historia de la Eternidad*, opinaba que dicha tarea no pertenecía al intelectual. Por ello, y por sus opiniones políticas fue criticado, atacado, condenado. Pero su obra estaba allí: maciza, lúcida, impecable.

En 1976, fue propuesto para el premio Nobel, junto al poeta español Vicente Aleixandre. Pero sus opiniones sobre las dictaduras argentina y chilena contribuyeron a que no compartiera el premio. La Academia sueca no se descuidaba ante la opinión de los escritores en relación con un tema tan delicado como los Derechos Humanos. Quizás su amor por la épica lo cegó y vio en la figura del militar un símbolo más que la realidad brutal que nos propusieron. ¿Ingenuidad? Su rechazo a Perón nos habla de lucidez, en medio de la pasión de sus compatriotas. Cuando se refiere a Estados Unidos, en cuanto a su intervención en las dos guerras mundiales y a la conquista de la luna —hecho capital del siglo XX— su punto de vista es esclarecedor.

En su juventud escribió poemas comunistas, pero en su madurez, se hizo miembro del partido conservador. Respecto a esto último, dijo: “es indudablemente el único que no puede suscitar fanatismos”.

Como poeta, también fue atacado. Un crítico chileno que hace públicos sus versos escribió, en cierta oportunidad, un artículo sobre la poesía de Borges. En su nota consideraba a ésta última de escasa calidad, en especial por falta de musicalidad.

Podemos admitir que en la obra poética juvenil es mas bien áspera, de difícil lectura, pero a partir de la década del treinta se nos presenta: “Tersa, accesible, en apariencia sencilla, pero en realidad modesta y secretamente compleja” (Echavarría). Juicio que también es aplicable a la evolución de su prosa.

Recordemos, por ejemplo, el barroquismo de *Inquisiciones* y el *Tamaño de mi esperanza* —obras de su

juventud— respecto de sus ensayos de madurez como *Otras Inquisiciones* y *Discusión*.

Gottfried Beun, uno de los más importantes poetas del expresionismo alemán, decía:

“Aún entre los grandes poetas de nuestro tiempo, ninguno ha dejado más de seis u ocho poemas perfectos. El resto puede ser interesante para la biografía y la evolución del autor, pero pocos se bastan a sí mismos, pocos producen su propia claridad, pocos poseen una larga fascinación”.

No hay duda de que Borges fue un poeta intenso, si seguimos las palabras de Beun, ya que nos dejó un número importante de poemas memorables. Bástenos recordar: *Límites*, *Adrogué*, Otros poemas de los dones y *Arte poética*. Dejo al arbitrio del lector el resto.

Considerado por muchos como frío, demasiado intelectual. Basta leer su poesía, para encontrarnos con emoción, ternura y sencillez. Acompañada de secreta complejidad y, ante todo, de autenticidad.

“Yo solicito de mi verso que no me contradiga, y es mucho.

Que no sea persistencia de hermosura, pero sí de certeza espiritual.

Yo solicito de mi verso que los caminos y la soledad lo atestigüen”.

Ernesto Sábato llegó a considerar su poesía como el valor dominante y fundamental: “más allá del brillante creador de ficciones y teologías, o de sutilezas ideológicas”. Si en este género nos encontramos con algunas voces disonantes, la prosa, por el contrario, pareciera recibir la aceptación total. Su trato desde la niñez con la lengua inglesa lo alejó de la excesiva retórica de buena parte de los escritores de habla hispana. Contribuyó en esto además el francés, idioma que formaba parte del aprendizaje habitual de la alta burguesía de la Argentina de aquel entonces.

En cuanto a sus cuentos y ensayos, éstos son modelos en sus respectivos géneros. Pero es probable que estos últimos sean el punto más alto de su obra.

Una lectura superficial de sus ensayos puede llevar a equívocos al lector. En efecto, en una buena parte de éstos, Borges comienza por postular y defender una idea que termina por refutar en las últimas líneas del mismo texto. El lector desprevenido puede tomarlo como una ingeniosa broma, como nihilismo intelectual o pensar que el autor es un idealista radical.

Alazraki señala: “como el oxímoron, donde se aplica a una palabra un epíteto que parece contradecirla, en sus ensayos Borges estudia un sujeto aplicando teorías que de antemano condena como falibles y falaces.”

Como muestra de lo anterior, cito un ejemplo:

“En el decurso de una vida consagrada a las letras y (alguna vez) a la perplejidad metafísica, he divisado o presentido una refutación del tiempo, de la que yo mismo descreo, pero que suele visitarme en las noches y en el fatigado crepúsculo, con ilusoria fuerza de axioma” (*Otras Inquisiciones*).

Para intentar conocer el pensamiento de Borges tenemos que aproximarnos a su teoría literaria, y lo que es más esclarecedor, a su teoría del lenguaje.

Al indagar sobre el origen de sus ideas, nos encontramos con la gran influencia que ejerció sobre su pensamiento el filósofo centroeuropeo Fritz Mauthner. Borges lo citó con frecuencia; sus obras son las que más releó y cubrió de notas, a lo largo de los años. Sus ideas son prácticamente semejantes.

Para exponer parte de las ideas de Mauthner, recurro a una síntesis de ciertos capítulos del libro: *Lengua y literatura* de Borges, de A. Echavarría.

En su obra, el filósofo hace un severo análisis de los límites del lenguaje, su falta de eficacia para lograr un conocimiento acabado de la realidad. Junto con esta limitación

está la incapacidad ingénita de nuestros sentidos para conocer, “pues nos provee de una imagen distorsionada y precaria del mundo externo”. En lo que respecta a nuestro mundo interior, tampoco existen modos de conocer “verdaderamente” lo que sucede. Borges y Mauthner coinciden, además, en la noción del lenguaje como un sistema arbitrario de símbolos y la índole metafórica del mismo. Lo empleamos para elaborar estructuras que consideramos reflejo y explicación de la realidad; no son esas estructuras menos falaces que el sistema que lo creó: el lenguaje mismo.

Ambos comparten la concepción del lenguaje, como “archivo mnemónico” —citando palabras del propio Borges— “un catálogo de experiencias que arrastra consigo tiempos personales e históricos lejanos y que tiende a borrar, al constituirse como un sistema “público” de comunicación, los confines de la personalidad individual”. Esto último, aspecto muy importante de la teoría literaria de Borges, éste y Mauthner comparten entre otras ideas, la concepción de que el lenguaje sólo puede aludir a lo que sentimos y que sólo podemos transmitirlo, sirviéndonos de las imágenes asociativas de los demás seres humanos. Así; lo que podemos comunicar tendrá siempre un elemento de incertidumbre y de duda y será, también, “aproximativo, plástico y ambiguo”, lo que lo hace especialmente apto para la poesía. Borges dice: “... el lenguaje es un hermoso medio artístico pero una miserable herramienta del conocer”. Más adelante: “Las palabras nunca engendran conocimiento, son tan sólo una herramienta de la poesía” (*Inquisiciones*).

Además, para Mauthner, el lenguaje es un sistema que no tiene existencia objetiva y que sólo es real cuando se usa; se acerca bastante a la propuesta de Borges respecto de su intento de aplicar a la literatura la teoría que Berkeley aplicó a la realidad. En efecto “la concepción del lenguaje, en el caso de Mauthner, como un sistema cuya “realidad” depende del uso, bien equivaldría al *esse est percipi* de Berkeley que Borges atribuye como rasgo esencial de la literatura. La literatura sólo existe cuando la escriben y, sobre todo, cuando la leen, y fuera

de esas dos actividades no tiene existencia “real” ya que Borges considera los libros como meros objetos” (Echavarría).

Partiendo, como Mauthner, de un escepticismo radical, Borges fundamenta, precisamente, en ese escepticismo, una teoría de la literatura en torno a uno de los rasgos que él consideró, entonces, definitorio del argentino: la incredulidad.

“Nuestra incredulidá(d) no me desanima. El descreimiento, si es intensivo, también es fe y puede ser manantial de obras. Digánlo Luciano y Swift y Lorenzo Sterne y Jorge Bernardo Shaw. Una incredulidá(d) grandiosa, vehemente, puede ser nuestra hazaña”. (*Tamaño de mi esperanza*).

Lo anterior, nos muestra el radical escepticismo que domina la obra y el pensamiento de Borges, y su desconfianza “sobre la eficacia del idioma”, citando sus propias palabras en su ensayo sobre Quevedo.

Juan José Sebreli, en un prefacio sobre un libro de Borges, de Matamoro, escribió:

“El estructuralismo parece venir a darle la razón a Borges. Los problemas son verbales, los contenidos del pensamiento se reducen a nuevas formas lingüísticas, la verdad y el error son cuestiones de palabras, el hombre —asimismo— es reemplazado por el ser de la palabra”.

Todo lo anterior nos habla de la complejidad de la obra y personalidad borgeana, lo que provocó adhesión y rechazo, tanto a su persona como a su obra. Borges fue un espíritu eminentemente clásico, en el sentido riguroso del término. A él son aplicables las palabras, de su ensayo *El primer Wells*.

“La obra que perdura es siempre capaz de una infinita y plástica ambigüedad; es todo para todos, como el Apóstol; es un espejo que declara los rasgos del lector y es también un mapa del mundo. Ello debe ocurrir; además, de un modo evanescente y modesto, casi a despecho del autor; éste debe aparecer ignorante de todo simbolismo”.